

IV DOMINGO DE CUARESMA C/2007

Nuestro Dios es misericordioso, compasivo y cuyo amor no tiene límite. Todas las lecturas de este domingo muestran la grandeza del corazón de Dios donde su amor y piedad son más grandes que nuestras faltas por que El nos perdona incondicionalmente.

La primera lectura relata la entrada del pueblo de Israel en la Tierra Prometida. El paso por el desierto como el hambre y la sed han terminado. Ahora que la promesa ha sido realizada, los hebreos están su propia Tierra. Ellos pueden celebrar la Pascua del Señor y comer los frutos que produce la Tierra.

Pero desgraciadamente Israel, tuvo que sufrir antes de a llegar a la Tierra Prometida. Ellos tuvieron que sufrir la esclavitud en Egipto, la intemperie en cruzar el desierto. Esta situación hizo que el pueblo faltara al Convenio de Dios. Pero aun así Dios nunca los abandono. El los amó tanto que él les perdonó todos sus pecados.

Este mensaje de perdón es el punto principal del Evangelio de hoy, cuando Jesús es confrontado con el legalismo externo y despiadado de los judíos y los escribas. En primer lugar, Jesús comunica una cierta imagen de Dios que perdona, ofrece una segunda posibilidad a aquellos que se equivocaron toda su vida mucho tiempo, y no hacen ninguna discriminación entre el bueno y el malo. Por eso él da la bienvenida a recaudadores de impuestos y pecadores indiferentemente y a pesar de su mala reputación.

Tal actitud de Jesús ofende la sensibilidad de los Fariseos y los escribas. Para ellos, no hay ningún modo de mantener el contacto con tipos malos y pecadores públicos. Para Jesús, al contrario, Dios su Padre ama realmente a todos estos pecadores; lo que él quiere es sólo que ellos cambien y se conviertan de su situación pecadora.

Es de aquí que la parábola toma su principio. El hijo más joven en la parábola representa a los pecadores, el hijo mayor representa a los Fariseos y los escribas que se consideran como los santos, y el padre representa a Dios. El punto de la parábola está en el amor y la piedad del padre que no cuenta el mal que su hijo más joven ha hecho y hasta lo hace un banquete grande cuando él vuelve. Este episodio es un verdadero drama que muestra por una parte la discrepancia entre tontería humana y perdón de Dios y, por otra parte, generosidad de Dios y carencia humana del perdón.

Imaginemos un hijo que reclama su parte de la herencia mientras sus padres están todavía vivos y se marcha para malgastar su dinero. Humanamente hablando, podemos decir que tal hijo considera sus padres como ya muertos de modo que él quiera no sólo deshacerse de ellos, sino también mostrarles que ellos no cuentan más en su vida. Pero precisamente aquí la grandeza del amor del padre se hace evidente. No sólo él perdona y da la bienvenida al hijo cuando él vuelve después haber perdido todo, pero él también le hace un banquete grande.

Así es como Dios actúa con nosotros. Primero. Como el padre que no impidió al hijo hacer una opción mala para su vida, Dios nos deja libres para hacer lo que queramos con nuestra vida. Por esta razón, somos responsables de nuestra vida y de la miseria después de que tomamos decisiones malas. Segundo. Como el hijo más joven quien teniendo hambre y miseria después haber dejado la maravillosa casa de su padre, así nosotros cuando abandonamos a Dios y nos vamos alejando de su amor. Tercero. Si los pecados nos alejan de Dios, estos no destruyen, sin embargo, el amor de Dios por nosotros. Dios

está siempre listo para aceptarnos cuando regresamos a él con todo nuestro corazón. Además, independientemente del mal que hemos hecho, Dios no nos abandona en nuestro pasado, pero él nos ofrece una segunda oportunidad y quiere realmente que nos reconciliemos con él. Por eso el padre dio la bienvenida al hijo más joven sin hacer ninguna pregunta sobre lo que él hizo con su herencia. Él no lo condenó por lo que él hizo, sino se alegró de que él regresó a casa sano y salvo.

Todo esto nos ayuda a entender bien la segunda lectura cuando San Paul dice: “somos embajadores de Cristo; y por nuestro medio, es Dios mismo el que los exhorta a ustedes. En nombre de Cristo les pedimos que se reconcilien con Dios”. Hagamos de este tiempo de Cuaresma un tiempo de gracia para cambiar nuestras vidas. No perdamos la oportunidad de hacer la paz con Dios, con nosotros mismos, con nuestros hermanos y hermanas. Independientemente de su posición, si usted se considera como “hijo pródigo” “o el hijo honrado”, tenemos que reconciliarnos, y este es el tiempo para hacerlo.

Sin embargo, poder apreciar el mensaje de la parábola, es mejor que examinemos la actitud del hijo mayor. El Evangelio dice que cuando él oyó la música y el banquete ofrecido para su hermano perdido, él se puso triste y discutió con su padre. Esto significa que él nunca había perdonado a su hermano. ¿Pero, yo pregunto: ustedes piensan que guardando rencores y manteniendo una posición de indignación como un modo de castigar a alguien por lo que nos han hecho, no nos hacemos daño a nosotros mismos? ¿No es verdad que nadie sufre más el que guarda rencores? Esto significa también que el hijo mayor nunca ha entendido que su fidelidad es una gran bendición que alguien puede tener en su vida. Por lo tanto, cuando algunas personas están perdidas y vienen para recuperar su salvación, debemos alegrarnos y darle gracias a Dios.

En otras palabras, nuestra fidelidad nunca puede ser usada para excluir a la gente que se acerca a Dios como si nosotros fuéramos los únicos quienes merecen ser considerados como hijos de Dios. Del mismo modo, aquellos que hicieron lo incorrecto, o abandonaron la iglesia, y vuelven a la fe, deberían de ser bienvenidos con la alegría por sus hermanos y hermanas. Entre justicia basada por obligación defendida por el hijo mayor, y la justicia basada en el amor defendida por el padre, la mejor es la justicia basada en el amor.. La justicia del amor siente cariño por el bueno que cada uno necesita para su recuperación y salvación. Por eso el padre perdona sin condiciones.

Para aquel que está agobiado con un remordimiento y culpa por el mal hecho en el pasado, este es un mensaje de consolación. Para esto nosotros tenemos que perdonarnos primero y hacer todo lo posible por reparar nuestro pecado y volver a nuestro Padre Dios que es siempre indulgente y misericordioso. Confíemos en él y reconciliémonos con él. ¡

Que este tiempo de cuaresma nos ayude a lograrlo. ¡Que Dios los bendiga a cada uno de ustedes de un modo particular según sus necesidades ante él!



Fecha de Sermón: Marzo 18, 2007
© 2007 – Padre Felicien Ilunga Mbala
Contacto: www.mbala.org
Nombre de Archivo: 20070318homilia.pdf